



La Comédiathèque

LOS NÁUFRAGOS DEL COSTA MUCHO

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor : comediatheque.net**

Los Náufragos del Costa Mucho

La vida es un crucero... que tarde o temprano termina en naufragio.

Personajes :

Pedro
Cristina

Día 1

Se oyen las olas y las gaviotas. A medida que el ruido de fondo disminuye, la luz crece de manera progresiva. Se ve un islote. Unas rocas. Algo de arena. Dos palmeras pequeñas. Un salvavidas “Costa Mucho”. Algunos objetos esparcidos, unos de ellos disimulados detrás de la rocas, otros en la arena. Un hombre y una mujer en ropa de verano yacen en el suelo inconscientes, él de estilo popular y ella más sofisticada. Se oye el sonido de un móvil. El hombre despierta. El móvil deja de sonar. Él mira a su alrededor. Parece no saber donde está. Se levanta y da la vuelta a la isla, desapareciendo por un lado de la roca y reapareciendo por el otro lado. Todavía desorientado, ve el móvil en la arena y lo coge. Lo mira, sorprendido, y marca un número.

Pedro – Sí, Isabel, soy yo. Escucha... Acabo de despertar y... No lo entiendo... Me encuentro en una especie de... playa. No sé si... Teníamos prevista una escala o... ¿Pero dónde estás tú? Oye, en cuanto escuches esto, me llamas, ¿de acuerdo?

Deja el móvil y ve la mujer, todavía tirada en la arena, como dormida. La mira, con perplejidad.

Pedro – Disculpe que la moleste... *(Alzando la voz)* ¿Oiga, me escucha? *(Ella todavía no reacciona, y él la sacude)* ¡Hola, despiértese! No me lo creo, está completamente borracha. O quizás esté muerta...

Echa otro vistazo a su alrededor. Da otra vuelta a la isla. Mientras desaparece detrás de la roca, la mujer despierta y se levanta, aturdida. El hombre reaparece y se encuentra cara a cara con ella. Él sobresalta.

Pedro – ¡Joder! Me asustó...

Cristina – ¿Ah sí....?

Pedro – Por casualidad ¿no habrá visto a mi mujer?

Cristina – ¿Su mujer?

Pedro – Mi mujer, sí. Isabel.

Cristina echa una mirada a su alrededor.

Cristina – Pero ¿dónde estamos?

Pedro – Al parecer, en una isla. Bueno, más bien un islote.

Cristina – ¿Un islote?

Pedro – Un islote. Una isla pequeña.

Cristina – Sé muy bien lo que es un islote.

Pedro – ¿Por qué lo pregunta, entonces? Yo diría incluso... una isla desierta.

Cristina – ¿Ha visto a alguien?

Pedro – ¡Si acabo de decirle que es un isla desierta! Aparte de usted, no he visto a nadie...

Cristina – Pero ¿qué estamos haciendo aquí?

Pedro – Esperaba un poco a que usted me lo pudiera decir...

Cristina mira a Pedro.

Cristina – Ya nos hemos visto antes ¿verdad?

Pedro – ¿Está usted segura?

Cristina – Usted también viajaba en el Costa Mucho ¿no?

Pedro – Sí... Nos íbamos de crucero con mi mujer, para celebrar nuestro aniversario de boda. Bueno, era más bien una idea de Isabel, porque yo, los cruceros, la verdad...

Cristina – ¡Isabel, eso es! La recuerdo perfectamente... Una gordita, con una blusa naranja muy llamativa. Estaba sentada frente a mí, anoche, para la fiesta del capitán.

Pedro – El tema de la fiesta era Halloween, pero Isabel temía que disfrazarse de calabaza no le quede bien... Por eso se conformó con ponerse una blusa naranja...

Cristina – Eso es, sí... El capitán me invitó a bailar y después... no me acuerdo de nada.

Pedro – Es extraño, yo tampoco...

Cristina – ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Pedro – Ni idea... ¿Y dónde está el barco?

Cristina – Quizás esté por el otro lado.

Pedro – ¿El otro lado?

Cristina – ¡El otro lado de la isla!

Pedro – Dí la vuelta dos veces ya. Y créame, eso no lleva mucho tiempo.

Cristina – ¿Usted piensa que sufrimos un naufragio?

Pedro – ¿Un naufragio?

Cristina – Sino... ¿para qué abandonarnos voluntariamente los dos en este islote?

Pedro – No lo sé.

Cristina – Quizás sea un juego... (*Le echa una mirada, perplejo*) Un entretenimiento. Para distraer a los pasajeros durante el crucero.

Pedro – ¿Como en La Isla de las Tentaciones, quiere decir?

Cristina – ¿Está usted seguro de que nos encontramos de verdad en una isla?

Pedro – Una roca rodeada de agua por todos lados... Usted ¿cómo lo llama a esto?

Cristina – No sé... Quizás sólo sea una isla cuando la marea está alta...

Pedro – ¿Cómo que cuando la marea está alta?

Cristina – Como el Monte Saint-Michel.

Pedro – Esto no se parece en nada al Monte Saint-Michel...

Cristina – Lo mismo me ocurrió a mí en Bretaña.

Pedro – El Monte Saint-Michel se encuentra en Normandía...

Cristina – Bueno, da igual. Con Mamá, habíamos ido a visitar la tumba de Chateaubriand. Las Memorias de Ultratumba, usted las ha leído ¿verdad?

Pedro – Usted es profesora, ¿no?

Cristina – De literatura francesa, sí. ¿Cómo lo adivinó?

Pedro – No sé... Una intuición...

Cristina – En fin, habíamos ido allá andando, con Mamá. Es un lugar magnífico. Sacamos unas fotos de la tumba de aquel maestro de la literatura francesa. Paseamos un rato por los alrededores. Y cuando se nos ocurrió volver, nos dimos cuenta de que estábamos completamente rodeadas por agua.

Pedro – ¿No me diga...?

Cristina – ¡Nos habíamos olvidado de la marea! Tuvimos que esperar cuatro horas para poder volver... Cuatro horas, ¿se da cuenta?

Pedro – Sí, cuatro horas...

Cristina – El tiempo que el mar precisa para bajar y dejarnos volver a tierra firme andando. ¿Se lo imagina?

Pedro – Sí, sí...

Cristina – Teníamos que regresar a París el mismo día para recoger el equipaje en el hotel... Cuando por fin llegamos al apeadero, el jefe de estación ya había pitado la salida del tren...

Pedro (*con ironía*) – ¡Vaya aventura...!

Cristina – Espero no tener que esperar cuatro horas en esta isla...

Pedro – ¿Por qué? ¿Tiene que coger un tren?

Cristina – No...

Pedro – Y todo eso por una tumba, joder... A ver si será gafe y nos trae mala suerte...

Cristina – ¿Por qué dice esto?

Pedro – ¡Esta isla será nuestra tumba si nadie viene a buscarnos!

Cristina – Se lo dije, quizás sea marea alta...

Pedro – ¡Ahora empieza usted a fastidiarme con su marea!

Cristina – Tampoco es para ponerse así. Sólo era una hipótesis...

Pedro – Pues es una hipótesis estúpida. Además... ¿y si fuera marea baja?

Cristina – No sé... Siempre trato de ser optimista...

Pedro – ¿Optimista? Sí... Porque si fuera marea baja... a las cuatro horas no tendríamos otra opción que subirnos a una de esas palmeras...

Cristina – No se ven muy grandes...

Pedro – Además ¿ve usted alguna costa por aquí cerca?

Cristina – No...

Pedro – Si estuviéramos en un islote, como el Monte Saint Michel, se podría ver la costa.

Cristina – Es cierto...

Pedro – Tengo un poco de hambre... Si por lo menos hubiéramos naufragado después de la cena...

De repente, ella le echa una mirada sospechosa.

Cristina – ¿No será una trampa?

Pedro – ¿Una trampa? ¿Para qué...?

Cristina – Para quedarse solo conmigo en esta isla...

Pedro – ¿Hundiendo a un transatlántico?

Cristina – Me siento un poco mareada... Me emborrachó, ¿verdad? ¡Eso es! ¡Me drogó!

Pedro – ¿Esta loca, o qué?

Cristina – Ya... No trate de engañarme. Sé muy bien cómo son los hombres...

Pedro – Pues no lo parece... Además, sin ofender, no estoy interesado...

Cristina – Bueno... Tampoco hace falta ponerse grosero...

Pedro – ¡Y le recuerdo que estoy casado! Por cierto, hablando de eso, ¿Dónde está Isabel?

De repente Cristina se queda inmóvil.

Cristina – ¡Mamá!

Pedro – ¡Por favor! ¡No va usted a llamar a su madre!

Cristina – ¡Mamá! ¡Ella también viajaba en el Costa Mucho!

Pedro – Ah... Lo siento...

Cristina – ¡Dios mío! ¿Cree usted que todos murieron?

Pedro – ¿Todos?

Cristina – ¡Todos los demás pasajeros! Los que viajaban con nosotros en este barco...

Pedro – No lo sé... No entiendo nada...

Silencio.

Cristina – Tal vez estemos en Grecia.

Pedro – ¿En Grecia? ¿Por qué en Grecia? Hace cinco minutos apostaba por la Normandía...

Cristina – Era un crucero por el Mediterráneo, ¿verdad?

Pedro – Grecia es más grande que esto, ¿no?

Cristina – Hay muchas islas en Grecia. Unas serán así de pequeñas.

Pedro – Vaya lío... y no hay nada para comer... Podría ser Grecia...

Cristina – Estuve allí hace años, con Mamá... Pero no reconozco nada.

Pedro – Bueno, si estamos en Grecia, tendremos que abandonar toda esperanza de volver al continente andando.

Cristina – ¿Y por qué?

Pedro – Porque no hay mareas en el Mediterráneo.

Cristina – Sí, es verdad.

Pedro – Pues sí. Tal vez no he leído a... Chateaubriand, pero por lo menos sé muy bien que no hay mareas en el Mediterráneo.

Cristina – Bueno, hay pero... pequeñas.

Pedro – Pequeñas, ¿eh?

Cristina – Pues sí...

Pedro – Un naufragio... En el Costa Mucho... No me lo creo... Con la pasta que me costó este crucero en este maldito barco, joder...

Cristina – ¿Es que no puede pronunciar una sola frase que no termine por “joder”?

Totalmente despistado, ni siquiera la oye.

Pedro – ¿Qué?

Cristina – Nada... Sólo me preguntaba si...

Pedro – Es para volverse loco... ¿Pero qué coño pudo pasar, joder?

Cristina – No sé... En el caso del Titanic, fue por culpa de un iceberg.

Pedro – No hay muchos icebergs en el Mediterráneo.

Cristina – Sobre todo en verano...

Pedro – No. Podría ser más bien un arrecife...

Cristina – ¿Un arrecife? No sabía que había arrecifes en medio del Mediterráneo..

Pedro – Bueno... Si hay islotes como éste.

Cristina mira el mar por el lado de los espectadores.

Cristina – ¡Fíjese! A lo mejor, el barco está aquí abajo, a unos metros de profundidad. Con todos los demás pasajeros...

Silencio.

Pedro – Y somos los únicos sobrevivientes.

Cristina – Esto es una pesadilla. Seguro que vamos a despertar.

Pedro – Habrá sido un arrecife como éste, pero sin palmeras para señalar su presencia.

Cristina – Para los arrecifes, hay mapas ¿no? Mapas de rutas marítimas. Como cuando uno viaja en coche, hay mapas para indicarnos donde están las montañas, y las carreteras para atravesarlas. Sin correr el riesgo de estrellarse en ellas...

Pedro – Mapas, ¿eh? Primero hay que estudiarlas y luego saber interpretarlas... Con sólo ver la cara del capitán... Estaba claro que no podíamos confiar en él.

Cristina – ¿Y por qué ?

Pedro – Se parecía más a un bailarín de tango que a un viejo lobo de mar...

Cristina – Bueno, no llevaba un polo de marinero, ni tenía barba, y tampoco fumaba pipa... Sin embargo para ser capitán de un barco como el Costa Mucho... tiene uno que haber estudiado, ¿no?

Pedro – Vamos... Hoy en día, cualquiera puede conducir un petrolero. Era argentino, ¿Verdad?

Cristina – Italiano.

Pedro – Sea lo que sea, antes de hacerse capitán, seguro que había tomado más clases de baile de salón que de navegación marítima.

Cristina – Parece usted un experto en barcos... ¿A qué se dedica?

Pedro – Soy camionero.

Cristina – Claro... Por eso sabe tanto de navegación marítima.

Pedro – Sólo intento entender qué coño estamos haciendo aquí.

Silencio.

Cristina – Sin embargo, tenía clase... Con su uniforme blanco, y su gorra de capitán... Además, créame, ¡bailaba muy bien el tango!

Pedro – La famosa fiesta del capitán... Hay que distraer a los pasajeros... Y sobre todo a las pasajeras...

Cristina – Tiene usted que reconocer que era muy atractivo.

Pedro – Por lo tanto, seguro que este gígolo tiene la culpa de que estemos aquí encallados.

Cristina (*cantando y bailando*) – Bésame, bésame mucho... Sí, ahora lo recuerdo, es lo que tocaba la orquesta justo antes de que el barco se hundiera.

Pedro – ¿Recuerda el momento del naufragio?

Cristina – No... Sólo me acuerdo de que estaba en los brazos del capitán y que me hacía bailar. Todavía tengo el corazón que me late a mil cuando lo revivo... Y al rato estaba toda mojada.

Pedro – Bésame mucho... ¡Ja! Besar, pues no sé, pero jodernos... Maldito capitán...

Cristina – Por favor, no hace falta ser vulgar...

Pedro – Si en vez de pavonearse en la fiesta del capitán, este cabrón se hubiese quedado en su puesto de mando, como Dios manda, no estaríamos en esta situación...

Cristina – Como quien dice... El capitán es el único Señor a bordo después de Dios...

Pedro recoge una gorra de capitán de la arena.

Pedro – Pues parece que Dios ha muerto...

Se pone la gorra. Ella lo mira, horrorizada.

Cristina – No...

Pedro – Al menos, nos dejó su gorra. Porque con este calor...

Cristina – Es horrible... Cree usted que mamá murió también?

Pedro – No sé... ¿Sabía nadar?

Cristina – No...

Pedro – Bueno, entonces, a no ser por un milagro...

Cristina – Y su mujer, ¿sabía nadar?

Pedro – En una piscina, sí... De todas formas, en caso de naufragio... después de unas horas, saber nadar no sirve de nada.

Cristina – Entonces a estas horas, usted estará probablemente viudo.

Pedro – Sí... Y usted huérfana.

Cristina – Parece tomarlo con filosofía... Bueno, como dijo Calderón, lo peor nunca es seguro...

Pedro – Lo mejor tampoco, eso digo yo...

Cristina – ¿Le molestaría quitarse esta gorra?

Pedro – ¿Por qué?

Cristina – No sé... Lo encuentro indecoroso... Si este pobre hombre se hundió con su barco.

Pedro – Muy bien... Si prefiere que pille una insolación...

Se quita la gorra.

Cristina – ¡Dios mío...! Y pensar que yo fui quien invitó a mi madre a este crucero... Era su regalo de cumpleaños...

Cristina está a punto de llorar.

Pedro – ¡Por favor! No se ponga a llorar... Además, nunca se sabe... Quizás sólo nosotros dos caímos del barco, mientras todos ellos continúan tranquilamente el crucero, preguntándose dónde estamos...

Cristina vuelve a esperar.

Cristina – A no ser que estén todos en otro islote como éste.

Pedro – O en un bote salvavidas a punto de hundirse.

Cristina – Es terrible. Sólo de pensarlo... me duele el estómago.

Pedro – A mí también.. Debe ser porque no he comido nada desde anoche.

Se agacha para coger discretamente algo en la arena debajo de una de las dos palmeras.

Cristina – ¿Cree usted en el destino?

Pedro – ¿El destino?

Cristina – ¿Ha encontrado algo?

Pedro – Un Bounty.

Cristina – ¿Un bounty? ¿Qué es esto?

Pedro – Una barrita de chocolate rellena de coco.

Cristina – Entonces, será todo lo que nos queda para poder sobrevivir mientras esperamos a que nos vengan a rescatar. Una barrita de chocolate para dos.

Pedro – ¿Para dos?

Cristina – La compartiremos, ¿verdad?

Pedro – Yo fui quien la encontró... (*Ella le fulmina con la mirada.*) De acuerdo, la compartimos...

Cristina – Quizás sea mejor guardarla para cuando pasemos hambre.

Pedro – Pues yo ya estoy pasando hambre.

Desenvuelve la barrita de chocolate, la parte en dos, le da una mitad y se come la otra.

Pedro – ¡Joder, qué rica está!

Ella lo mira con desaprobación, antes de decidirse a comer su parte.

Cristina – Si algún día nos encuentran, nos llamarán los rescatados de la Bounty.

Él le echa una mirada sin comprender.

Cristina – ¿Es que tampoco conoce esto?

Pedro – ¿El qué?

Cristina – ¡La película! ¡Los Rescatados de la Bounty!

Pedro – ¿Una película?

Cristina – Si tenemos que pasar mucho tiempo juntos en este islote, me pregunto de qué vamos a hablar...

Pedro – Nadie le ha pedido que hable.

Ella permanece callada.

Pedro – Además, el título de la película no es *Los Rescatados de la Bounty*, sino *Los Amotinados de la Bounty*...

Cristina – Así que por lo menos va usted al cine de vez en cuando...

Pedro – Sí... Su barco se hunde, se refugian en una balsa y acaban por comerse el uno al otro.

Cristina – Se está confundiendo con *La Balsa de la Medusa*...

Él le echa una mirada irritada, pero no contesta.

Cristina – Es bastante nebuloso, ¿no?

Pedro – ¿Nebuloso? ¿Qué? ¿Esta historia de naufragio?

Cristina – ¡Estoy hablando del tiempo! Hay niebla, ¿no?

Pedro – Incluso cuando hay niebla, hoy en día, con los radares, se pueden evitar los arrecifes.

Cristina – Lo que quiero decir es que si hay una costa por aquí cerca, puede ser que no la veamos .

Pedro – No sé... He perdido las gafas en este naufragio...

Cristina – Pues yo también...

Pedro – Entonces, quizás no sea a causa de la niebla si no lo vemos muy claro...

Silencio.

Cristina – Voy a dar la vuelta a la isla para comprobarlo.

Pedro – De acuerdo.

Cristina – ¿Me acompaña?

Pedro – Aunque sin gafas, no puede perderse en este islote. ¿Para qué tendría que ir yo también?

Cristina – Bueno... Para hacerme compañía...

Pedro – Hace un rato me decía que carecía de conversación... ¿Tiene miedo, verdad?

Cristina – ¡No, qué va... para nada!

Pedro – Bueno... Sin embargo me necesita, aunque no quiera reconocerlo.

Cristina – Muy bien, quédese aquí, voy sola...

Cristina desaparece por detrás de la roca.

Pedro – Que me quede aquí... ¿Y a dónde quiere que vaya?

De nuevo ve algo en el suelo. Recoge otro Bounty y se lo come. Cristina vuelve con una maleta.

Pedro – ¿Se va de viaje?

Cristina – Muy gracioso...

Pedro – ¿Qué es esto?

Cristina – Ya lo ve... Una maleta.

Pedro – Claro. Incluso sin gafas, veo que es una maleta.

Cristina – La encontré allí, al otro lado. ¿Usted no la vio cuando estuvo dando vueltas?

Pedro – Quizás acaba de ser arrastrada por las olas. De todas formas, no es la mía. Imagino que tampoco es la suya.

Cristina – Desgraciadamente no... ¿Qué hacemos?

Pedro – ¿Cómo que qué hacemos?

Cristina – ¿La abrimos o no?

Pedro – ¿Por qué no?

Cristina – Porque no nos pertenece.

Pedro – ¿Y qué?

Cristina – A mí no me gustaría que un desconocido hurgara en mi maleta.

Pedro – A estas horas, la persona a quien pertenece esta maleta está seguramente en el fondo del océano, sirviendo de comida a los tiburones, entonces...

Cristina – ¿Usted cree?

Pedro – Lo más probable es que sólo sean unas prendas y un cepillo de dientes, pero quién sabe...

Cristina – Ropa de recambio y un cepillo de dientes me vendrían muy bien.

Pedro – Bueno... Yo preferiría algo de comer.

Cristina – O sea que usted sólo piensa en comer, ¿no?

Pedro – ¡Joder! De una vez, ¿va usted a abrir esta maleta o no? Y terminemos con esto...

Cristina – De acuerdo, la abro... *(Se detiene)* ¿Pero por qué yo?

Pedro – ¿Por qué no?

Cristina – No sé... Como dijo “y terminemos con esto”...

Pedro – ¿Y?

Cristina – Y si fuera una maleta bomba.

Pedro – Hace poco me acusaba de haberla drogado y secuestrado para aprovecharme de usted. Ahora me viene con que es una maleta bomba. Es usted bastante paranoica, la verdad..

Cristina – Desconfío del género humano en general, y de los hombres en particular.

Pedro – Ahora lo entiendo todo... Tiene razón. Unos terroristas nos abandonaron en esta isla con esta maleta bomba para que volamos en pedazos al tratar de abrirla.

Cristina – Podría ser...

Pedro – ¿Por qué en una isla desierta?

Cristina – No sé... Como para la pruebas de bombas nucleares... Para evitar daños colaterales...

Pedro – Parece un poco retorcido, ¿no?

Cristina – Los terroristas son gente muy retorcida...

Pedro – Una maleta bomba...

Cristina – ¡Pues anímese! ¡Ábrala!

Pedro – Bueno... La abro.

Se dispone a abrir la maleta, con un poco de miedo. Pero no lo consigue.

Cristina – ¿Qué pasa?

Pedro – Está cerrada con llave.

Cristina – A ver, déme esto.

Se saca una horquilla del pelo, la tuerce, y fuerza la cerradura. Él la mira con sorpresa. Ella abre la maleta.

Cristina – Ya está.

Pedro – Es como si lo hubiera hecho toda la vida...

Cristina – Mamá me enseñó cómo hacerlo.

Pedro – No me diga. Es gracioso. La imaginaba más bien tejiendo y no forzando cerraduras...

Cristina – Puedes hacer muchas cosas con agujas de tejer... además de tejer. Siempre llevo una en el bolso...

La mira, preocupado.

Pedro – Venga... ¿qué hay dentro de esta maleta?

Cristina mira dentro de la maleta.

Cristina – No lo va a creer...

Pedro – ¿Qué?

Como no contesta, se aproxima y mira.

Pedro – No...

Cristina – ¡Una maleta llena de billetes!

Pedro – ¡Increíble!

Cristina – Hay suficiente dinero como para pagar la deuda de Grecia.

Pedro – Es mucha pasta, la verdad.

Cristina – Debe proceder del barco.

Pedro – ¿Quién sale de crucero con una maleta llena de billetes?

Cristina – Sobre todo tratándose de un paquete todo incluido.

Pedro – Excepto por la tienda duty free.

Cristina – Sin embargo, no imagino a alguien llevándose una maleta llena de billetes sólo para hacer sus compras en la tienda duty free...

Pedro – Bueno... ¿Compartimos?

Cristina – Yo fui quien la encontré...

Pedro – Y yo le di la mitad de mi barrita de chocolate.

Cristina – De todas formas, ¿qué podríamos hacer con tanto dinero en un islote? ¿Ve alguna tienda duty free por aquí?

Pedro – Pues no...

Cristina – En una isla desierta, los billetes de 500 euros... no valen más que unos billetes de Monopoly.

Pedro – Tiene razón... Hubiera preferido que esta maleta estuviera llena de embutidos.

Cristina – Como en *La Travesía de Paris*.

Pedro – ¿Qué?

Cristina – *La Travesía de Paris*... Esta famosa película francesa con Bourvil y Gabin... ¿Tampoco la conoce?

Pedro – Si tenemos que pasar juntos los años que nos quedan por vivir, tendrá que acabar con sus citas de mierda. No fui mucho a la escuela, pero no me tome por tonto ¿de acuerdo?

Cristina – De acuerdo. Disculpe...

Silencio.

Cristina – Quizás sea dinero sucio.

Pedro – ¡Por supuesto que es dinero sucio! ¿Que creía? ¿Que era dinero de bolsillo?

Cristina – Ya me imagino lo que pudo pasar...

Pedro – Creo que ve demasiadas películas...

Cristina – Estos billetes estaban destinados a pagar una entrega de droga. El intercambio debía tener lugar en este barco...

Pedro – Tiene razón. Un barco de crucero para para gente mayor, es el lugar ideal para narcotráfico.

Cristina – ¿Para gente mayor? Muchas gracias, es usted todo un caballero...

Pedro – Hablaba de su madre. Hay que reconocer que los cruceros atraen más bien a clientes jubilados. Y todos esos ancianos tenían pinta de esnifar coca.

Cristina – ¡Dios mío! ¿Y si aquellos narcotraficantes quieren recuperar su maleta?

Pedro – Venga ya... no se invente cuentos sin sentidos.

Cristina – Si tiene una explicación mejor, le escucho.

Pedro – Yo que sé... Algún dentista o abogado que quería esconder sus ahorros en un paraíso fiscal aprovechando una escala (*Cristina cierra la maleta.*) ¿Qué hace?

Cristina – Este dinero no nos pertenece. Lo devolveremos a su propietario si es que conseguimos salir de aquí algún día.

Pedro – ¿Y si todos los pasajeros están muertos? El propietario de esta maleta incluido...

Cristina – Pues la dejaremos en la Oficina de Objetos Perdidos, y si después de un año nadie ha venido a recogerla, nos la devolverán, y esta maleta será oficialmente nuestra.

Pedro – Está de broma, ¿verdad?

Cristina – ¿Y usted qué propone? ¿Subirnos en esta maleta como en una balsa y remar hasta el más próximo paraíso fiscal?

Pedro – El equipo de rescate acabará por localizarnos...

Cristina – Por supuesto... ¿Y si algún día nos encuentran? ¿Subiremos en el helicóptero de la policía con esta maleta llena de billetes?

Pedro – Yo que sé... Podemos enterrarla, y venir a buscarla después...

Cristina – ¿Enterrarla?

Pedro – Pues sí. Enterrarla. Como en *La Isla del Tesoro*. ¿Lo ve? Yo también leí libros, de pequeño...

Cristina – Le recuerdo que será su mujer a quién tendrá que enterrar, si los tiburones no la comen antes. Y yo tendré que enterrar a mi madre...

Pedro – Su madre...

Cristina – ¿Mi madre, qué?

Pedro – Pues no sé... La ahogaba un poco, ¿no?

Cristina – Mi madre... ¡Ni siquiera la conoce!

Pedro – Tiene usted que reconocer que irse de crucero con su madre... Teniendo su edad...

Cristina – ¿Y qué edad piensa usted que tengo?

Pedro – Nunca me arriesgo a adivinar la edad de una mujer. Pero sea lo que sea, si no nos encuentran rápidamente, me temo que nunca llegaremos a ser viejos.

Cristina suspira.

Cristina – ¿Cuánto tiempo podremos sobrevivir así?

Pedro – No sé...

Cristina – Bueno, se puede dejar de comer durante unos días... Algo de dieta de vez en cuando no viene mal...

Pedro – Tiene razón... Bastará con decir que empieza hoy el ramadán...

Cristina – Por favor... Odio a los chistes xenófobos.

Pedro – En último caso, uno de los dos podrá comer al otro para sobrevivir un poco más...

Cristina (*inquieta*) – ¿También es una broma o lo dice en serio...?

Pedro – Lo seguro es que no podemos estar sin beber más que un día o dos. Sobre todo con el calor que hace. Cuanto me gustaría una caña bien fresquita.

Cristina – Tendríamos que avisar a alguien... No encuentro mi móvil... ¿Todavía tiene el suyo?

Pedro – Aquí hay uno. Pensaba que era el suyo. (*Coge el móvil*) No hay conexión...

Cristina – Podríamos encender un fuego, para señalar nuestra presencia en esta isla desierta.

Pedro – Sí... Si tuviéramos leña y cerillas...

Cristina – Déme este móvil. Quizás haya mejor cobertura por el otro lado.

Desaparece detrás de la roca. Él ve algo en la arena, y lo coge. Es una lata de cerveza. La abre y se la bebe. Ella vuelve con una sombrilla plegada. El esconde su lata rápidamente.

Pedro – ¿Entonces?

Cristina – Tampoco hay cobertura por allá. Pero encontré esta sombrilla. Hay dos tumbonas, también.

Pedro – Posiblemente las corrientes las trajeron hasta aquí.

Cristina – Sí... O la marea...

Él desaparece detrás de la roca. Ella despliega la sombrilla y la instala. Él vuelve con las tumbonas y las instala también. Se sientan bajo la sombrilla.

Pedro – Ahora, me siento como de vacaciones...

Cristina – Nos falta algo para beber...

Él toma un trago de cerveza. Ella le mira con envidia.

Pedro – Mire en la arena.

Ella hurga en la arena y encuentra una lata de Coca Cola. Vuelve a sentarse y bebe con evidente satisfacción.

Pedro – Al parecer, en el Costa Mucho, incluso en caso de naufragio está todo incluido.

Cristina – Todo esto es cada vez más raro.

Pedro – ¿Tu crees?

Cristina – ¿Así que ahora, nos tuteamos?

Pedro – Si estamos condenados a pasar el resto de nuestras vidas juntos en este islote, acabaremos por alcanzar cierto grado de intimidad.

Cristina – ¿Cierta grado de intimidad? ¿Qué quieres decir con esto?

Pedro – Pues quiero decir que no tendremos muchas opciones ¿no?

Cristina – La verdad es que sabes muy bien cómo hacer que una mujer se sienta especial.

Pedro – Bueno, lo siento pero es así. Aquí sólo estamos dos, tú y yo. Como Adán y Eva. No tendremos mucho para elegir.

Cristina – ¿Mucho para elegir? ¿Estamos hablando de amor o de un menú de restaurante?

Pedro – Bueno... Yo por lo menos iba de crucero con mi esposa, no con mi madre...

Cristina – Pues, ponme a prueba... y te enseñaré lo que se puede hacer con una aguja de tricotar...

Suena el móvil. Ambos se quedan petrificados por la sorpresa.

Pedro – ¡Pues contesta!

Ella coge el móvil.

Cristina – ¿Dígame...? La maleta... No, lo siento, no estaba escuchando la radio... No, no, está bien, no se preocupe... Sí, gracias... A usted...

Ella se queda un instante como petrificada, con el móvil en la mano. Pedro la mira con aire de consternación.

Pedro – ¿Y qué?

Cristina – Me preguntaron si sabía exactamente cuanto dinero contenía la maleta.

Pedro – ¿La maleta?

Cristina – La maleta.

Pedro – ¿Qué maleta?

Cristina – Esta, supongo.

Pedro – ¿Es una broma?

Cristina – Es un concurso radiofónico, ¿no lo conoces?

Pedro (*irónico*) – Y tu sí... profesora.

Cristina – Va de una maleta con dinero dentro. Cada mañana, el presentador de la radio anuncia cuanto dinero contiene. Lllaman por teléfono a un oyente de la radio seleccionado al azar, y le preguntan si lo sabe o no.

Pedro – ¿Si sabe el qué?

Cristina – ¡Cuánto dinero contiene la maleta!

Pedro – ¿Y...?

Cristina – Si lo sabe, se queda con el dinero. Si no lo sabe, vuelven a poner más dinero en la maleta.

Pedro – ¿Y tú qué le dijiste?

Cristina – Pues que no lo sabía... ya que no estaba escuchando la radio.

Pedro – Nos llama una radio, con millones de personas escuchando, ¿y no lo aprovechas para decirles que sufrimos un naufragio, y que aquí estamos abandonados en este islote en medio del Mediterráneo?

Cristina – Entiendo lo que me quieres decir... Lo siento, me cogieron por sorpresa. Es que cada mañana escucho este juego en la radio. Y no me esperaba que un día fueran a llamarme a mí. Y justo hoy que no lo había escuchado... En seguida les vuelvo a llamar...

Pedro – Dame este móvil, les llamaré yo...

Coge el móvil.

Pedro – ¡Joder! Ya no hay cobertura...

Cristina – Es increíble... Fíjate... Faltó poco para que me tocara a mí esta maleta llena de billetes...

Pedro – ¡Pero si esta puta maleta está justo aquí! ¡Si quieres saber cuánto dinero hay dentro, basta con contar los billetes!

Cristina – Es verdad, tienes razón. Es extraño. Habitualmente, mandan el dinero al ganador sólo después de contestar bien a la pregunta. Es muy raro todo eso, ¿no?

Pedro – Pues sí...

Permanecen los dos callados durante unos instantes.

Pedro – ¿Sabes qué?

Cristina – ¿Qué?

Pedro – Me pregunto si mi mujer no me estará engañando.

Cristina – ¿Y por qué dices esto?

Pedro – No sé... En estos momentos la encuentro un poco... distante.

Cristina – No, quería decir, ¿por qué me dices esto a mí, ahora?

Pedro – ¿Pues... a quién quieres que se lo diga? Si no hay nadie más en esta isla...

Cristina – ¿Y a mí que me importa si tu mujer te está engañando o no? ¿Es que no te das cuenta de la situación en la que estamos? Que seas un cornudo o no, ¿crees de verdad que es lo que importa ahora mismo?

Pedro – Lo decía por hablar, nada más... Si ya no se puede hablar de nada...

Silencio.

Pedro – Muy bien, entonces te escucho. ¿De qué quieres que hablemos?

Cristina – Pues... Tendríamos que organizarnos un poco.

Pedro – ¿Organizarnos?

Cristina – Para sobrevivir solos, sin ningún apoyo ni ayuda. ¿Has leído *Robinson Crusoe*?

Pedro – Otra vez...

Cristina – Disculpa... ¿Sabes pescar?

Pedro – Con una caña de pescar, sí.

Cristina – Al parecer, las corrientes arrastran muchas cosas hacia aquí. Quizás nos traigan también una caña de pescar último modelo.

Pedro – O todavía mejor, de vez en cuando una lata de sardinas en aceite de oliva o de atún en salsa de tomate...

Silencio.

Cristina – Si lo piensas bien, esta isla es nuestra.

Pedro – ¿Eso crees?

Cristina – Si no figura en ningún mapa, y se encuentra en aguas internacionales, pues... pertenece a quien la descubre. Como América.

Pedro – Tienes razón... Y como además no había nadie aquí cuando llegamos, nunca tendremos que pedir perdón a los indígenas por haberles exterminado.

Cristina – De un estricto punto de vista jurídico, creo que ya podemos declarar nuestra independencia, y crear un estado.

Pedro – Es pequeño para un país, ¿no?

Cristina – Lo suficientemente grande para un paraíso fiscal.

Pedro – Bueno, tiene sentido... (*Señalando a la maleta*) Y ya tenemos dinero para depositar en nuestro propio banco.

Cristina – Si nos quieren encarcelar por robar este dinero, bastará con decir que nuestro estado no tiene ningún acuerdo de extradición.

Pedro – Imagina que toda esta pasta fuera la de los pasajeros quienes pagaron una fortuna para embarcar en ese puto barco...

Cristina – El bien llamado Costa Mucho... Hubieran podido llamarlo Cuesta una Fortuna. En fin, tienes razón y sería justo que aquel dinero nos sea devuelto, por ser los únicos sobrevivientes y los dignos representantes de todos los pasajeros difuntos.

Silencio.

Pedro – Creo que nos hundimos...

Cristina – ¡Por supuesto que nos hundimos! Si sufrimos un naufragio...

Pedro – No, quiero decir ahora mismo. Nos estamos hundiendo.

Cristina – ¿Tú crees?

Pedro – No sé... Me parece que hace un rato, la playa estaba un poco más ancha...

Pero Cristina – Será debido al calentamiento global.

Pedro – O a la marea... A ver si al final será cierto que en el Mediterráneo también hay marea, pequeñita eso sí...

Cristina – Empieza a oscurecer, ¿verdad?

Pedro – Sí... La noche acabará por caer.

Cristina – ¿Cómo nos arreglamos para dormir?

Pedro – ¿Cómo...?

Cristina – ¿De qué lado prefieres dormir?

Pedro – ¡Si no tenemos cama!

Cristina – ¡Qué lado de la isla!

Pedro – Más vale dormir juntos, ¿no crees?

Cristina – ¿Dormir juntos?

Pedro – Quiero decir... no separarnos.

Cristina – De acuerdo...

Pedro – Mira... empezamos con el pie izquierdo. Si estamos atrapados aquí mucho tiempo, mejor ver el lado positivo, ¿verdad?

Cristina – Bueno, tampoco nos vamos a acostar tan temprano. ¿Ya tienes sueño?

Pedro – Todavía no. Pues admiremos esta magnífica puesta de sol...

Él se sienta al lado de ella.

Cristina – ¿Me estás coqueteando?

Pedro – ¡De ningún modo!

Cristina – Perdona. Estaba confundida.

Pedro – No te creas todo lo que ves. Se parece demasiado a lo que deseas.

Cristina – ¿De quién es esta cita? No la conocía...

Pedro – Pues... no sabía que era una cita...

Cristina – ¿Lo que deseas...? ¡Por Dios! ¿Te crees un Don Juan?

Pedro – ¿Y tú? Una mujer fatal, quizás?

Cristina – Bueno... Hace un rato quedamos en no pelear más, ¿verdad?

Pedro – Sí...

Cristina – Por cierto, ni siquiera sé tu nombre.

Pedro – Pedro.

Cristina – ¿Pedro? Sí, te sienta bien...

Pedro – No sé cómo interpretarlo... ¿Y tú?

Cristina – Cristina. Lo sé. También me sienta bien...

Pedro – No soy todo un Don Juan, ya lo sé.

Cristina – Tampoco tienes que despreciarte. No estás nada mal.

Pedro – ¿De verdad?

Cristina – No te emociones tampoco... Lo dije sólo para ser amable...

Pedro (decepcionado) – Sí, por supuesto...

Cristina – Bueno, me voy a dormir. A lo mejor, cuando despertemos mañana nos damos cuenta de que todo esto era sólo una pesadilla...

Pedro – A lo mejor, si...

Cristina – ¿Tienes otra idea?

Pedro – No...

Se acuestan en la arena y se duermen. Suena el móvil. No lo oyen. Ruido creciente de una multitud en un espacio cerrado como por ejemplo una estación. El ruido va disminuyendo al mismo tiempo que la luz baja. Apagón.

Día 2

La luz vuelve. Pedro y Cristina se despiertan. Se miran uno al otro y echan un vistazo a su alrededor.

Pedro – Al parecer, no era una pesadilla.

Cristina – A menos que la pesadilla continúe... *(Silencio)* ¿Cuáles eran tus sueños de pequeño?

Pedro – ¿Mis sueños?

Cristina – ¿Qué oficio soñabas tener, por ejemplo?

Pedro – Soñaba con conducir un camión.

Cristina – Ya veo... Así que eres un hombre feliz...

Pedro – Piensas que no puse el listón lo suficientemente alto, ¿Es eso?

Cristina – No sé. Quizás tengas razón. ¿Es divertido, conducir un camión?

Pedro – ¿Por qué? ¿Planeas sacar tu carnet de camionera?

Cristina – Perdona, no quería ofenderte. Además, ya sabes, profesora de literatura en un suburbio de una ciudad industrial, hoy en día... A veces te da la impresión de conducir un camión cargado con nitroglicerina por caminos pedregosos...

Pedro – *El Salario del Miedo*... Otra película francesa muy famosa...

Cristina – ¿Y te gusta tu trabajo? Quiero decir... corresponde a la idea que de pequeño te hacías de este oficio...

Pedro – Por lo menos, no tengo jefe. O en todo caso, no lo tengo encima todo el día. En la carretera, estás solo. Tranquilo. No piensas en nada.

Cristina – ¿Viajas mucho?

Pedro – Viajo todo el tiempo. Por todas partes.

Cristina – Entonces conocerás muchos países. Más que yo, por lo menos. Porque fuera de Grecia, la verdad...

Pedro – Sí, conozco muchos países. Bueno, las gasolineras, sobre todo...

Ella coge algo del suelo.

Cristina – ¿Compartimos esta barra de chocolate?

Pedro – ¿Dónde la encontraste?

Cristina – Bajo la palmera, allí.

Pedro mira bajo la otra palmera.

Pedro – También hay una bajo la mía...

La coge. Cada uno se come su barra de chocolate en silencio con aire pensativo.

Cristina – ¿Cómo habrán llegado aquí, esas barras de chocolate?

Pedro – Papá Noel, quizás. Como no encontró árbol de Navidad, las dejó debajo de estas palmeras.

Cristina – A no ser que hayan caído de las palmeras.

Pedro – Puede ser... Dos palmeras genéticamente modificadas para producir barras de chocolate rellenas de coco...

Cristina – ¿Vete a saber? Ya no hay nada que me sorprenda desde que llegamos aquí.

Terminan de comer las barras de chocolate.

Cristina – ¿Dormiste bien?

Pedro – Como un tronco. ¿Y tú?

Cristina – Me costó encontrar el sueño.

Pedro – Pues haber contado ovejas.

Cristina – Como no encontré ovejas, conté los billetes que hay en la maleta.

Pedro – ¿Ah sí?

Cristina – Así que si nos vuelven a llamar, sabré decirles la cifra exacta.

Pedro – ¡Pero si ya tenemos la maleta!

Cristina – Ya, pero así les probaremos oficialmente que es nuestra de verdad.

Pedro – En mi camión, solía escuchar este programa, también.

Cristina – ¿Ah sí?

Pedro – Siempre sabía exactamente cuanto había en la maleta, hasta el último céntimo. Una vez me llamaron. Acababa de recoger a una autostopista y tenía la radio apagada... Y, claro, perdí la oportunidad de hacerme rico...

Cristina – Pero la de echar un polvo no, ¿verdad? Espero que te compensó...

Pedro – Eso sí... Se llamaba Isabel, y a los seis meses nos casamos.

Cristina – Muy romántico todo...

Pedro – ¿Tu crees?

Cristina – Hombre, por lo que se ve en las películas, es muy raro que el encuentro entre un camionero y una autostopista acabe en boda...

Pedro – No sé qué tipo de película sueles ver.

Silencio.

Cristina – Yo, de pequeña, era una princesa. O eso me decía mi madre. Cuando me di cuenta de que una no se podía ganar la vida así, me conformé con ser profesora.

Pedro – ¿Y por qué profesora...?

Cristina – Fue la única manera que encontré para que no me echaran de la escuela.

Él ve algo en la arena.

Pedro – ¡Anda!, ¿Qué es esto?

Cristina – Una botella... Vacía, desgraciadamente...

Pedro coge la botella.

Pedro – No del todo vacía. Mira, hay un papelito dentro.

Cristina (*aproximándose*) – Increíble... ¿Crees que pueda ser un mensaje?

Pedro – ¿Un mensaje para nosotros, quieres decir?

Cristina – Somos nosotros quienes tendríamos que lanzar botellas al mar para pedir socorro. Se supone que correo no vamos a recibir...

Él coge la botella y saca el papelito.

Cristina – ¿Entonces?

Pedro (*leyendo*) – “Me llamo Cristina, y soy alumna en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Torredembarra, en Cataluña. Si encuentras este mensaje, gracias por mandármelo de vuelta a esta dirección...”

Cristina – Calle del mar, número 43, entresuelo.

Pedro – ¿Cómo lo sabes?

Cristina – Soy yo quien escribió este mensaje. Lo recuerdo muy bien. Debía tener dieciséis años.

Pedro – ¡Increíble!

Cristina – Esperaba que algún príncipe azul encontrase esta llamada de socorro, me mandase una foto suya y que acabase por pedir mi mano...

Pedro – Así que de adolescente ya estabas bastante desesperada...

Cristina – Gracias por recordármelo.

Pedro – Perdona, no quería decir esto...

Cristina –Tranquilo, tienes toda la razón. Es que a mi edad, irte de crucero con tu madre... Desgraciadamente, durante todos estos años, nadie encontró esta botella que había arrojado al mar. Y hoy este mar me la echa de vuelta en toda la cara como un bumerán...

Pedro – No exactamente...

Cristina – ¿No?

Pedro – Soy yo quien la encontré.

Cristina – Sin ofenderte, no te pareces en nada al Príncipe Azul con quien soñaba en aquella época

Pedro – Lo supongo...

Cristina – Además, a mi Príncipe Azul no lo imaginaba casado. Encima con Isabel...

Pedro – De hecho, justo antes de esta famosa Fiesta del Capitán, mi mujer me dijo que quería divorciarse.

Cristina – ¿Después de llevarte de crucero para celebrar vuestro aniversario de boda?

Pedro – Quería un gran final para nuestra historia. Por lo menos, es lo que ella me dijo.

Cristina – Quizás se enamoró del capitán...

Pedro – Sí... Confieso que cuando desperté aquí, primero pensé que ella me había echado por la borda.

Cristina – Lo siento, de verdad. Pero como quien dice : hay muchos peces en el mar...

Pedro – Sí...

Miran los dos hacia el mar. La luz baja.

Cristina – Yo también me pregunté si no había sido mi madre quien me tiró al mar...

Pedro – A lo mejor ella también quería un gran final para vuestra historia....

Apagón.

Otro día...

La luz vuelve. Una bandera está tendida entre las dos palmeras: República Autónoma de Costa Poco.

Pedro – Pienso que va ser un día hermoso.

Cristina – Sí... Uno más...

Pedro – Te pusiste morena, ¿no?

Cristina – Tu también. Te sienta muy bien...

Pedro – Gracias.

Él dirige la mirada hacia la bandera.

Pedro – Sin las gafas, no consigo leer lo que has puesto en esta bandera. ¿Es una llamada de socorro?

Cristina – Más bien una declaración de independencia.

Pedro (*tratando leer*) – República Autónoma de Costa Poco...

Cristina – ¡Basta ya de tirar botellas al mar! He decidido tomar las riendas de mi destino.

Pedro – Muy bien, pero... ¿República? ¿Estás segura?

Cristina – ¿Preferirías una monarquía?

Pedro – Entonces tendrías que ser mi reina.

Cristina – República, pues.

Pedro – Bueno, pero ¿quién va a ser presidente? Si somos los dos a la vez candidatos y electores....

Cristina – A menos que consiga convencerte de votar por mí...

Pedro – Mi corazón ya te ha elegido... Si además pretendes convocar a un plebiscito... Eso acabará en dictadura...

Cristina – De acuerdo, ejerceremos el poder por turnos.

Pedro – Así se parecerá más al matrimonio... Pero... ¿y si no llegamos a ponernos de acuerdo sobre un programa común?

Cristina – Siempre podremos separarnos.

Pedro – Entonces tendremos que encontrar nuevos nombres para nuestros dos países.

Cristina – ¿Costa Poco del Norte y Costa Poco del Sur?

Silencio.

Pedro – Nos estamos volviendo locos, ¿o qué?

Cristina – O es un principio de sabiduría...

Silencio.

Pedro – ¿Y ahora qué...?

Cristina – Bastará con considerar que estamos para siempre de vacaciones...

Pedro – ¿De vacaciones?

Cristina – Después de todo, estamos muy bien aquí, ¿no? Hay millonarios que pagan fortunas para comprar una isla así y quedarse a vivir en ella el resto de su vida.

Pedro – Tienes razón. Total, no se está nada mal, en esta República de Costa Poco.

Cristina – El mar, la playa...

Pedro – Las barras de chocolate que caen directamente del árbol... o del cielo.

Cristina – Siempre buen tiempo.

Pedro – Sin más necesidad de trabajar.

Cristina – Con más dinero del que podemos gastar.

Pedro – Sí... Ya que no podemos comprar nada...

Cristina – Sin impuestos.

Pedro – Sin leyes.

Cristina – El paraíso.

Silencio.

Pedro – ¿Crees que ya estamos muertos?

Cristina – Vete a saber...

Pedro – No pensaba acabar en el paraíso tras morirme...

Cristina – Y menos aún en un paraíso fiscal...

Silencio.

Pedro – Es raro, tiendo a olvidar lo que pasó antes.

Cristina – ¿Antes de qué?

Pedro – Antes de que lleguemos aquí.

Cristina – ¿Qué pudo habernos pasado?

Pedro – La vida es un naufragio.

Cristina – Después de todo, si no tienes porvenir, mejor olvidarte del pasado, ¿no?

Pedro – Creo que estaba casado. Con una mujer.

Cristina – Haces bien precisar lo.

Pedro – No puedo recordar su nombre.

Cristina – Isabel.

Pedro – Eso es. ¿Te acuerdas?

Cristina – Isabel. Es un nombre que no se puede olvidar.

Pedro – ¿Y tú? Tenías una madre, ¿no?

Cristina – Todo el mundo tiene una madre.

Pedro – Supongo que sí...

Cristina – ¿Te apetece otra barra de chocolate?

Pedro – Con mucho gusto.

Comen cada uno su barra de chocolate.

Cristina – Es extraño.

Pedro – ¿Qué?

Cristina – He vuelto a contar el dinero de la maleta.

Pedro – ¿Y qué?

Cristina – Cada día, hay 500 euros más.

Pedro – ¿Ah sí...?

Cristina – ¿Crees que son los intereses?

Pedro – Así es el juego, ¿no? Mientras nadie acierte cuanto dinero contiene, van añadiendo más billetes en la maleta.

Cristina – De todos modos, nunca nos volvieron a llamar.

Silencio.

Pedro – ¿Vendrás a hacer la siesta conmigo, Isabel?

Cristina – ¿Isabel? ¿No me llamaba Cristina, antes?

Pedro – Me sorprendería.

Cristina – ¿Por qué?

Pedro – Cristina, es un nombre que no se puede olvidar.

Silencio.

Cristina – No recuerdo bien... ¿Estamos aquí de vacaciones o...?

Pedro – ¿Jubilados, quizás?

Cristina – ¿Jubilados? ¿Es que somos tan viejos?

Pedro – Hace tiempo que estamos aquí, ¿no?

Cristina – ¿Qué edad tendremos?

Pedro – Sea lo sea, pareces más joven de lo que eres.

Cristina – Gracias.

Pedro – ¿Sabes lo que pienso?

Cristina – Mejor no saberlo y preservar así algo de misterio...

Pedro – Estábamos hechos para encontrarnos.

Cristina – De todas formas, seguro que ya no encontraremos a nadie más...

Pedro – Y nunca nos separaremos.

Cristina – Claro que no... Si nos separásemos, no tendríamos a dónde ir.

Pedro – Entonces, sólo nos queda una cosa por hacer.

Cristina – Me estás asustando, Pedro...

Él vuelve a ponerse la gorra de capitán y le tiende la mano para invitarla. Música: Bésame mucho.

Pedro – ¡Bailar!

Ella duda un poco antes de cogerle la mano.

Cristina – Si no me queda otra opción...

Empiezan a bailar un tango cada vez con más fervor.

Cristina – Qué bien bailas, Capitán... Sabes cómo darle un vuelco a mi corazón... y a mi estómago.

Pedro – En el tango, la mujer seduce y el hombre conduce.

Cristina – Mañana conduzco yo...

Siguen bailando. La luz baja, igual que la música. Apagón.

Fin.

El autor

Jean-Pierre Martinez es autor teatral y guionista francés de origen español. Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, sube al escenario primero como baterista en diversos grupos de rock, antes de hacerse semiólogo para la publicidad. Luego trabaja como guionista para la televisión, y vuelve al teatro como autor. Ha escrito más de 60 guiones para distintas series de la televisión francesa, y 100 comedias para el teatro. Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia, y varias de sus obras han sido ya traducidas en español y en inglés.

Es licenciado en literatura española e inglesa (Sorbonne), en lingüística (Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales), en economía (Institut d'Études Politiques de Paris), y en escritura de guiones (Conservatoire Européen d'Écriture Audiovisuelle). Jean-Pierre Martinez ha escogido ofrecer todos los textos de sus obras para descargar gratuitamente en su web:

<https://comediatheque.net/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón - Abril 2021

ISBN : 978-2-37705-540-1

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.